

La aclamada novela en que se basa
Mi hogar, mi destino el último éxito romántico televisivo

LA CHICA DE LA VENTANA

Gülseren Budayıcıoğlu



Escrito por Gülseren Budayıcıoğlu, la estrella de la literatura
romántica turca, con miles de libros vendidos y más
de un millón de seguidores en Facebook

Agradecimientos

Querido lector, amigos míos:

Mi último libro, *La chica de la ventana*, llega ahora a sus lectores en español. ¡Qué gran noticia para mí! Cuando comencé a escribir estos libros, mi mayor deseo era que pudieran llegar a lectores de todo el mundo. En ellos intento contar las profundidades del alma humana a través de historias individuales, ya que, aunque cada uno de nosotros es diferente, nuestras raíces son en realidad las mismas. Vivimos nuestras vidas a través de las mismas matemáticas.

Cuando se trata de matemáticas, me vienen a la mente algunas fórmulas. Esta novela contiene, de algún modo, fórmulas matemáticas para nuestras almas. Si podemos descubrirlas, podremos entender a dónde nos lleva nuestro destino y, tal vez, decirle «alto».

A diferencia de cómo se trata este tema en los libros de psicología que se han publicado hasta ahora, intento que, en esta novela, los lectores empaten con los héroes, considero que es más efectivo que darles información teórica. Si los comprenden, se comprenden mejor a sí mismos y a sus familiares. Esta es exactamente la solución a estas fórmulas. Ser capaz de empatizar con otra persona.

La vida tiene un rostro visible y uno invisible. En este libro, les hablo de ese rostro invisible que solo se comparte con los psiquiatras. Los hechos están siempre en los detalles, y esos no se hablan, se viven. Dejan una huella en nuestra alma. Luego caminamos por esas vías y vamos a donde nos llevan.

Mientras lees el libro, estoy segura de que sentirás algunas de las páginas como escritas para ti. Volverás a tu centro y, tal vez, te amarás más que antes.

Mis historias son un poco tristes porque están tomadas de vidas reales. Pero ¿no es la vida de una persona que se sabe mortal, de todos modos, triste?

Me gustaría expresar una vez más lo feliz que estoy de encontrarme con ustedes, amigos, lectores hispanos, a través de esta lectura.

Con amor.

Dr. Gülseren Budayıcıoğlu

Prefacio

Estimados lectores:

Cuando empecé a escribir esta serie de libros, me preocupaba un poco si serían leídos y si los mensajes que deseaba expresar serían recibidos y comprendidos. Ahora, sin embargo, me doy cuenta de que los lectores me entienden tanto como yo les he entendido a ellos.

Al ver tu entusiasmo por la serie de televisión *Istanbullu Gelin* (*La novia de Estambul*), que se basaba en mi libro *Hayata Dön* (*El regreso a la vida*), y el interés que mostrabas por las escenas del programa en las que se representaba la terapia, empecé a pensar que quizá debería escribir más.

Para mí, al igual que para todos los demás, ser comprendida es algo hermoso, importante y precioso.

Quizá por eso siento que estoy con mis mejores amigos cuando estoy con ustedes. Entre nosotros se ha forjado un vínculo difícil de describir. Una energía nos traspasa, una energía hermosa y positiva que nos eleva a todos.

La noción del patrón del destino ha despertado un particular interés en el público lector. Por supuesto, es natural que la gente se interese por su destino. Podemos llamar a esto una forma

de adivinación psicológica por la que las mujeres, en particular, tienen cierta inclinación. Mi querida madre me adivinaba la suerte cada vez que me tomaba una taza de café y siempre decía cosas maravillosas.

Y sí, casi puedo oírte decir que no siempre surgen cosas maravillosas de la adivinación, pero lo que me interesa es cómo podemos convertir las cosas desagradables que nos ocurren en algo positivo. Por eso, tengo que explicártelo de tal manera que puedas mejorar tu vida con ello.

Así, al leer sobre los amores y vicisitudes de Nalan, Hayri, Türkân y la muchacha Laz, los protagonistas de esta novela; al captar los patrones de sus destinos, ver lo que este les deparaba y comprender qué podían y qué no alterar en sus vidas, puedes ser capaz de mirar dentro de ti e intentar cambiar aquellas cosas que no te gusten.

Nuestra sociedad está formada por personas de orígenes socioculturales y niveles económicos muy diferentes, pero todos tenemos que convivir: trabajadores, aldeanos, ricos, pobres, educados, menos educados... Personas de un mismo país similares en muchos aspectos, pero también diferentes en otros, personas con visiones del mundo y hábitos muy diversos. Y estas personas, a menudo, se enamoran unas de otras.

¿Qué ocurre si un chico de los barrios bajos y una chica que vive la vida de una princesa en una mansión se enamoran de repente? ¿Qué precio tendrán que pagar por este amor más adelante? ¿Has pensado alguna vez en esto?

Mis libros están llenos de eso que llamamos *büzün*¹, algo parecido a la melancolía, el abatimiento o la tristeza agri dulce. Tú ya lo sabes, pero poco podemos hacer al respecto; *el büzün* está en cada parte de la vida y, como el amor, es un sentimiento que todos conocemos, pero que, a su vez, es difícil de describir con

¹ *büzün*: melancolía, tristeza, *blues*.

palabras. En un mundo fugaz y finito, quizás lo que realmente necesitamos es un poco más de *hüzün*, ¿no crees?

En este libro describiré un gran amor, un amor que estremece el corazón y transforma su esencia y a sus amantes en llamas desnudas. Te hablaré del precio que este amor les hizo pagar y describiré la separación; esa separación de caminos que los poetas del mundo siempre han equiparado con la muerte. Juntos, buscaremos la respuesta a la pregunta de qué resulta más doloroso: morir o separarse.

Hay algo más que hiere a los humanos tanto como la separación, y es la traición. En esta novela describiré la infidelidad y las heridas creadas en el alma humana por ella.

Como sabes, en todos mis libros describo historias reales que han sido escritas por el destino. Naturalmente, las historias que no son producto de la imaginación son muy diferentes, ya que sus finales están determinados por la vida, no por el autor.

Al pasar todo el día en la clínica escuchando las historias de personas tan diversas, me he dado cuenta de que la existencia tiene su propio sentido de la justicia. La justicia divina. Al vivir dentro del flujo frenético del día a día e ir constantemente de un lado a otro, no la vemos. Queremos ver la justicia inmediatamente, pero la vida no siempre tiene tanta prisa como nosotros. Sabe de antemano lo que va a hacer y cuándo.

El castigo y la recompensa nos llegan a través de nuestras emociones, todo lo traspasan; la felicidad, el dolor, la pérdida y el amor nos llegan a través de estas. Por mucho que pensemos en que tomamos nuestras decisiones a la luz de un pensamiento meticuloso y con la debida consideración, la mayoría de las veces son nuestras emociones quienes toman decisiones por nosotros.

En realidad, nuestros destinos comienzan a escribirse antes de que hayamos venido al mundo. Abrimos los ojos por primera vez en hogares que se han preparado para abrazarnos y prote-

gernos o en casas que han decidido darnos la espalda, sitios que esperan nuestra llegada o la temen. Crecemos y nos formamos en ellos. Creemos en las cosas que se nos presentan como verdades allí. Las creencias sólidas como una roca de nuestra infancia, las que, de alguna manera, nunca pudimos cambiar y tuvieron un impacto profundo en nuestros destinos, están grabadas en nuestras mentes en estos lugares. Nuestras emociones se forman en los espacios en los que nacemos y es en ellos donde se refuerzan, se hieren y se maltratan.

Esas heridas... ¿No están nuestros destinos escritos por las heridas que nos infligieron en esas casas?

Son nuestras heridas las que nos convierten en dictadores, líderes y héroes; las que nos convierten en descubridores, inventores, escritores, compositores y artistas de fama mundial; las que crean monstruos y asesinos a partir de nosotros; las que nos aplastan, rehúyen y rechazan; las que nos hacen sentir no queridos, abandonados y pisoteados. Son también esas heridas las que nos hacen amables, solidarios y compasivos.

Es en esas casas donde se escribe nuestro destino.

El fuego de nuestro dolor infantil no es fácil de apagar ni de olvidar. Llevamos las cicatrices durante el resto de nuestra vida. Más adelante, empezamos a emitir la energía positiva o negativa que se aferró a nosotros durante esos primeros años de la infancia.

Como los virus, nuestras emociones crean epidemias. Si las emociones que emitimos son violentas, entonces la violencia se extiende por nuestro mundo, mientras que, si son amables, el amor nos abraza a cada uno de nosotros con suavidad y ternura.

Si un niño nace en un mundo en el que no es querido, en donde no se le valora o en el que no tiene un tutor en el que pueda confiar, es difícil que esté en paz, que sea feliz o que disfrute de los placeres que la vida le ofrece. Incluso cuando el niño es puro y no está contaminado, la vida, el primer día, le aparta de los her-

mosos caminos que se abren ante él. Más adelante, intenta llenar ese vacío emocional con otras sustancias o actividades, como ir de compras, darse atracones de comida o consumir drogas.

Queridos amigos, la felicidad es una elección. Si alguien es infeliz, nada en el mundo puede hacerlo feliz. Casi puedo oír que preguntáis: «¿Quién querría ser infeliz?». Nadie querría eso, por supuesto, pero si nadie se ha molestado en enseñar a esa persona a ser feliz, si su alma está en constante descontento, si su sentido de la justicia se ha deteriorado, entonces, para los otros, será difícil hacer feliz a esa persona. Es la falta de amor lo que hace que las personas se enfaden y sean hostiles, y estas personas a menudo han hecho las paces con su infelicidad y su ira. Solo si lo desean y lo intentan de verdad podrán cambiar.

Mientras seguimos adelante con nuestras vidas, maltratadas y atormentadas, en el proceso nos apresuramos a olvidar que también hay días en los que la vida no nos magulla y golpea tanto.

Desde el momento en que nacemos, acumulamos millones de sentimientos y emociones diferentes. Estas emociones, las vivamos como las vivamos, son como columnas de humo: cada una tiene su propio color y aroma. Si las metiéramos en un gran frasco y lo agitéramos bien, el color que saldría sería el de nuestro destino.

A continuación, buscamos y encontramos el camino para vivir una vida entrelazada con las emociones que experimentamos con más frecuencia en nuestro pasado. En otras palabras, nos hacemos pasar por los dolores de nuestra infancia una y otra vez. Las personas y los incidentes pueden ser diferentes, pero los sentimientos siguen siendo los mismos.

Reconocemos inmediatamente por sus ojos a las personas que nos permitirán experimentar y revivir los dolores de nuestra infancia. De hecho, nos enamoramos de ellos, como si algo nos atrajera como un imán. Parece que reconocemos algo en el aire

y lo llamamos «casualidad» o «coincidencia», cuando, en realidad, muchas de las cosas que nombramos así no lo son en absoluto. La vida nos hace encontrarlas con nuestras propias manos.

Si el dinero pudiera hacer feliz a la gente, entonces solo los ricos serían felices en este mundo nuestro. El dinero proporciona un grado de facilidad y comodidad, pero nuestras emociones buscan consuelo en otra parte.

Por supuesto, la pobreza es otra fuente de infelicidad en sí misma, pero, si no eres rico y aun así te las arreglas para salir adelante de una forma u otra, entonces estás entre los más cercanos a la felicidad.

En realidad, todos tenemos un león escondido dentro de nosotros, esa persona ideal que siempre hemos querido ser, pero que, por la razón que sea, no hemos llegado a ser. Nos miramos con desprecio y nos denigramos cuando no somos como ese ideal. El único momento en el que este león beligerante, que no para de dar zarpazos, tanteos y mordiscos, deja de molestarnos, es cuando estamos enamorados, porque el amor es tan grande y tan espectacular que puede llegar a doblegarlo. Sin embargo, el amor, en última instancia, también es pérfido y consume rápidamente a las personas.

A menudo pienso que si tuviéramos más de esos niños afortunados que son el orgullo y la alegría de sus familias y a los que no se les ha negado el apoyo emocional, nuestro país sería un lugar completamente diferente. Tengo la sincera esperanza de que las próximas generaciones críen a sus hijos con esto en mente.

Para vivir una buena vida, ser feliz y tener éxito, hay que buscar siempre la esperanza y la luz. Aumentar la confianza de las personas en sí mismas y darles esperanza es lo más fácil del mundo. Como humanos, podemos hacerle esto a los demás siempre que queramos. Una sonrisa cálida, un toque cariñoso, pequeños gestos que hagan saber a los demás que nos preocupamos por

ellos y que los queremos; todo eso puede hacer que las personas con las que estamos se sientan mejor.

La base de todas las cosas buenas nace de que las personas se sientan bien consigo mismas. La serenidad, la felicidad, la salud y el éxito se encuentran en estas pequeñas cosas.

El amor es realmente la cura de todos los males. Las últimas investigaciones parecen sugerir que la mayoría de las enfermedades terminales tienen su origen en la ausencia de amor. Eso significa que el amor tiene incluso el poder de detener la muerte en su camino.

Los habitantes de nuestro país no son como otros pueblos del mundo. Como cultura, nos encanta experimentar las emociones al máximo. Yo soy así, y también me alegro, porque la gente solo cobra vida de verdad cuando siente. Sí, hay días oscuros, pero también hay días de luz brillante.

Mis queridos amigos:

He escrito este libro a partir de historias reales, por lo que he tenido mucho cuidado en ocultar la verdadera identidad de los personajes.

Si mis libros han ayudado de alguna manera a hacerlos un solo segundo de sus vidas un poco más agradables y amorosos, entonces no podría ser más feliz.

Mi amor y mis mejores deseos para todos y cada uno de ustedes.

Dr. Gülseren Budayıcıoğlu, psiquiatra.
Ankara, 2019.

1

Cuando llego a la clínica, escucho música en la distancia. Es una pieza musical muy antigua, de mi juventud, pero sigue siendo una canción que a la gente le encanta escuchar.

Tú significas todo para mí...

Una mezcla de emoción y melancolía me invade y me siento como cuando salió la canción: más fuerte, más joven y llena de vigor. Me miro en el espejo del ascensor. Puede que no sea tan joven como antes, pero sigo teniendo mucha energía. La clínica y sus pacientes, muchos de los cuales pronto empezarán a entrar por las puertas principales, me dan esa energía. Aunque la mayoría de ellos acuden a mí con historias tristes y sombrías, el brillo que veo en sus ojos cuando salen de mi consulta no deja de sorprenderme y recargarme.

Entro en el vestíbulo y sonrío a las secretarías, que se levantan e, igualmente, sonrían al verme, y me dirijo a mi despacho. A ver quién viene hoy a contarme las jugarretas que el destino ha hecho en su vida. A ver quién viene a compartir conmigo sus penas y su dolor.

Cuando me siento en mi escritorio y extendiendo un brazo hacia los archivadores de mi izquierda para sacar una carpeta, Tuna entra en la habitación como un huracán, con un vaso de agua en la mano y sin derramar nada. Mis lectores sabrán que Tuna es mi asistente de oficina y mi mano derecha, prácticamente todo lo que puedo pedir. ¿Cómo puede alguien tan regordete ser también tan ágil? Yo, por ejemplo, nunca he sido ágil. Recuerdo a nuestro profesor de gimnasia en el colegio poniéndonos en fila y haciéndonos dar saltos mortales sobre colchonetas de goma. Para mí era un calvario y, sin embargo, si ahora le pido a Tuna que haga saltos mortales por mí en la alfombra, no tendría ningún problema, a pesar de su edad y su físico.

Si levanto la cabeza, sé que empezará a hablar, así que la mantengo baja. Cojo el vaso que tiene en la mano y me bebo el agua de un tirón. Está helada, como siempre. Llueva o haga sol, sea cual sea la estación del año, me gusta un vaso de agua helada. Cuando dejo el vaso sobre mi escritorio, Tuna se queda expectante frente a mí, apenas capaz de contener su entusiasmo. Está claro que tiene algo importante que decir. Con la cabeza todavía agachada, le digo:

—Tuna, da una voltereta en esta alfombra, ¿quieres?

Tras una breve pausa, ambas rompemos a reír.

—¡Debes de estar increíblemente aburrida si eso es lo que me pides!

—Pero lo harías, ¿no? ¿Si te lo pidiera?

—¡Claro que sí! ¿Qué hay de malo en ello?

—Nada en absoluto. Ahora dime, ¿qué tienes en mente?

—Hay una dama esperando afuera, una tal señorita Nalan. ¡Y qué señora tan refinada es! Parece una actriz de una de esas películas antiguas, ya sabes, como Filiz Akın² o algo así. Pero está vestida de forma extraña. Tal vez sea la nueva moda, pero que me aspen si me visto así. Lleva un vestido largo, negro, atado hasta los pies y

² Actriz, escritora y presentadora de televisión turca.

luego capas de negro encima, un enorme abanico en una mano y un bolso en la otra. Incluso su peinado parece ser del pasado. ¿Sabe qué? Es como si alguien la hubiera sacado de un trono de reina y la hubiera traído aquí a la fuerza. Solo faltan unas cuantas damas de compañía.

—Tuna, ¿qué demonios estás diciendo? Suena como algo de cuento de hadas ¿De dónde sacas todo eso?

—¿«Cuentos de hadas»? Sabrás lo que quiero decir cuando la veas. Es una extraña. No sé qué fue lo que le hizo enojar tanto, pero el tipo que está a su lado parecía dispuesto a golpearla con el abanico que sostiene. La pobre mujer estaba sufriendo una especie de crisis nerviosa. Me las arreglé para intervenir y calmarlos un poco. ¿Sabes?, nunca esperarías ese tipo de comportamiento de una mujer como ella. Lo entenderás cuando la veas. Los otros pacientes no sabían a dónde mirar. ¡Los observaban como si fuera parte de una telenovela! Naturalmente, no podía comportarme como ellos, quedarme solo observando, tenía que actuar. Si no hubiera intervenido, solo Dios sabe lo que ese hombre le habría hecho. ¡Señor, ten piedad!

Esta información la quiero siempre de Tuna. Antes de que entren en mi oficina, pasan por su prueba de diagnóstico visual. Ella los examina, se relaciona con ellos y luego me hace saber si percibe algo fuera de lo común o digno de mención. Esto se debe a que, en mi consulta, mis pacientes no se sienten como en la vida. Conmigo exploran nuevos terrenos, mientras que Tuna los ve en tiempo real, por así decirlo. Normalmente la información que me da es muy útil, pero hoy tengo la impresión de que puede estar exagerando.

—El hombre que está a su lado es joven. Y también es guapo. Se parece un poco a Ibrahim Tatlıses³. El tipo es de aspecto ma-

³ Cantante, actor, director, escritor, productor, y empresario turco de origen kurdo

chista, pero parece bastante decente por lo demás. Sin embargo, pocos podrían imaginarse a los dos como pareja. Si yo fuera directora de cine, por ejemplo, no lo pondría a él como protagonista si ella fuera la heroína. Tendría que cambiar a uno de los dos.

—Tuna, algo me dice que últimamente has estado viendo algunas películas antiguas. Toda esta charla sobre Filiz Akın e Ibrahim Tatlıses... ¡Por fin te has convertido en directora de cine!

—Nada de eso, Gülseren Hanım⁴. Sabrás lo que quiero decir cuando los veas. Lleva un abrigo rojo como el que usaba Ibrahim Tatlıses. ¿Recuerdas aquella vez que fuimos juntos a Chipre y el propio Ibrahim Tatlıses se nos acercó un día y llevaba ese abrigo rojo? Así es el tipo de afuera. Alto, de buen porte, ojos y cejas negras. Lo único que le falta es el bigote. Tiene un poco de barba, pero no tiene bigote. Nunca sabré cómo una mujer como esa aguanta a un hombre así. Es una cosita tan delicada, pero ¡no para de llorar! Ninguno de nosotros puede calmarla. Si yo fuera directora, le daría el papel de una reina. Ya está vestida para ello.

—Gracias, Tuna, es suficiente.

—¡Pero no te he dicho lo que realmente necesito decir! El hombre la ha traído aquí a la fuerza, y dice que quiere verte a ti primero. Que te va a pedir que le des pastillas para someterla porque no consigue que se calme. Ahora no estoy segura de cómo hacerlos pasar.

—Así que voy a darle pastillas, ¿no? Bueno, eso es encantador. Será mejor que lo dejes entrar.

—Como quieras. Mientras tanto, intentaré calmar a la dama.

Tuna sale corriendo de la habitación. Si la dejara, seguiría hablando hasta la mañana.

Un poco más tarde, se oyen dos fuertes golpes en la puerta y entra un joven alto, moreno y con barba que lleva un abrigo rojo. Tuna tenía razón: ¡se parece a Ibrahim Tatlıses! Me tiende la

⁴ *Hanım*: señora o señorita.

mano de forma bastante brusca y molesta, se presenta y se sienta en la silla que está situada frente a la mía, abriendo las piernas y ocupando mucho espacio. Después de sacar las llaves y el teléfono móvil y dejarlos caer con un ruidoso estruendo sobre la mesa que tiene delante, se gira para mirarme.

Hay una sonrisa dura pero falsa en sus ojos oscuros. Hay algo que no es de fiar en él, el aire de un hombre que se tiene demasiado en cuenta y que quiere dominar cualquier espacio en el que se encuentre. Me mira con orgullo. Está claro que quiere terminar cuanto antes y seguir su camino.

Mi mirada no se parece en nada a la suya.

Apoya sus brazos ligeramente en mi escritorio y comienza:

—Doctora, no va a creer lo difícil que fue para mí traer a Nalan aquí. Se negó rotundamente a venir, pero le dije que las cosas no podían seguir así. Esa mujer lleva días haciéndome la vida imposible. Su secretaria vio la forma en que me atacó. ¡Era como una gata salvaje! Si le doy una mínima oportunidad, le juro que me matará. Normalmente no me gustan este tipo de cosas, pero lo siento por ella, de verdad. Lo peor de todo es que tengo miedo de que me presione demasiado y de que, accidentalmente, arremeta contra mí y, si eso ocurre, no sabrá qué le ha pasado. ¿Y si termino golpeándola y ella va y se me muere? ¿Qué pasa entonces? Es como el viejo dicho, «a veces es difícil distinguir al asesino de la víctima».

Una contracción desagradable se forma en el borde de sus labios, pero hay algo en la forma en que lo miro que lo hace callar. El desprecio con el que habla de ella me irrita. Me pregunto cuál puede ser el verdadero problema.

—¿Cuál es el problema? ¿Por qué está tan enfadada con usted?

—Nada. Es solo que... ella cree que soy una especie de producto registrado únicamente a su nombre. Nalan y yo hemos estado viviendo juntos durante los últimos siete años. Al principio,

estaba locamente enamorado de ella. No tenía ojos para ninguna otra. Estar con una mujer como ella era solo un sueño lejano para mí en aquel entonces. Intenté y traté de llamar su atención, pero con poco éxito. Por cierto, Nalan no es exactamente una persona normal. Es una persona extraña. Solíamos trabajar en la misma empresa y sufría por ella. Tendría que haber visto cómo la miraba; ¡como un gato mirando un trozo de hígado que cuelga tentadoramente fuera de su alcance! Y no era solo yo; a la mayoría de los hombres de la empresa les ocurría lo mismo. En fin, para abreviar la historia, alguien debió de golpear al jefe con una piedra o algo así, porque un día se me acercó y me dijo que debía ser su chófer y ayudarle en todo lo que pudiera. Parece que le gusté o algo así.

Se nota orgulloso mientras dice esto. Que le guste al jefe significa algo para él.

—Ya sabe lo que dicen: «un ciego le pide al Todopoderoso un ojo y el Todopoderoso le bendice con dos». Yo estaba en la luna. Supe entonces que, pasara lo que pasara, haría mía a esta mujer.

—¿Así que fue entonces cuando puso sus ojos en ella?

—¡Dios, no! Me enamoré de ella mucho antes, ¡pero ni siquiera había podido acercarme! Hubiera sido como poner pólvora junto a una llama desnuda. Tardé más de lo que esperaba, pero al final el pájaro entró en mi jaula.

—¿Así que todo estaba planeado?

—¡Oh, no! Pero dudo que entienda estas cosas.

—¿Qué cosas?

—Cosas como el amor.

Si yo no puedo entender el amor, entonces ¿quién puede? Él cree que es el único que entiende los caminos del corazón y, sin embargo, ¡aquí está, trayendo a la mujer de la que se enamoró locamente hacia mí para poder romper con ella!

—¿Qué le hace decir eso?

—¿Perdón?

—Dijo que no entendería cosas como el amor.

—Oh, eso. Bueno, no se puede esperar que los que se sientan bien entiendan las penas de los hambrientos, ¿eh? Pareces alguien que nunca ha conocido el dolor de ir sin nada. Así que, la gente como nosotros... Bueno, dudo que nos entienda.

«Gente como nosotros», ¿eh? Así que ahora somos de grupos diferentes, ¿no? Qué equivocado está. Yo soy eso mismo que él llama «nosotros», pero parece que no quiero entenderle, ni él a mí. Bueno, en este caso concreto, puede que tenga razón.

«Vienes, insultas a una mujer que no conoces, te burlas de ella y luego intentas hablarle de tu gran y magnífico amor. Bueno, si así va a ser, desde luego, no quiero entenderte, querido señor. Di lo que vas a decir y luego vete. No me hagas perder más tiempo ni energía».

Estos pensamientos, por inocuos que fueran, debieron de reflejarse en mi rostro al notar un leve parpadeo de ansiedad en su semblante.

Sigue adelante y asume, por el momento, que lo entiendo.

—Le escucho —digo.

—Podría sentarme aquí y presumir, pero si supiera lo loco que estaba por esta mujer cuando empezamos... Estaba tan enamorado de ella que, si alguien me hubiera dicho que un día la dejaría por voluntad propia, le habría llamado «loco». Era como Mecnun en el viejo cuento; solo necesitaba una montaña para poder arrasarla y demostrar mi amor por ella. ¡Cómo la anhelaba y lloraba! No es que ella lo sepa, por supuesto. Es una mujer, al fin y al cabo, y no puedes mostrarle a una mujer tus debilidades.

Maravilloso. Aunque no lo entienda, al menos dice algo nuevo. Uno no debe mostrar a las mujeres sus debilidades. Y esto lo dice un hombre. Es extraño, porque normalmente escucho a las mujeres expresar tales sentimientos.

—Al final, jugué inteligentemente y logré conquistarla. Se enamoró de mí. Tendría que haberme visto entonces. Incluso mi forma de caminar cambió. «Mírate», me decía a mí mismo. «Lo tenías dentro todo este tiempo y ni siquiera lo sabías. Has puesto a una reina de rodillas». Fue un trabajo duro, doctora. Especialmente para gente como nosotros. Un trabajo duro.

Ahí está de nuevo. «Gente como nosotros». Se sigue señalando como diferente a mí. Separándonos. Cree que él y yo somos de mundos diferentes. Bueno, si hubiera venido aquí con la intención expresa de enfadarme, no podría haber dicho nada más efectivo. Siempre he sido una persona de todos los mundos o, al menos, lo intento. Y si las personas con las que estoy son de nuestro país, de estas tierras, entonces se vuelven aún más valiosas para mí. Ellos son uno conmigo y yo con ellos. Estamos cortados por el mismo patrón, pero, según este hombre, nuestras telas no son las mismas.

—Pero nada permanece inalterable. Incluso el amor. Por eso he venido a usted hoy aquí. Para salvarme de esta mujer. ¿Y por qué? Porque me he enamorado de otra persona.

Un brillo desquiciado aparece en sus ojos. Son los de un hombre despreocupado. Normalmente, quiero entender a las personas que se sientan frente a mí y las escucho para poder ponerme mejor en su lugar, pero con este hombre no puedo. Ni siquiera siento que esta persona que está delante de mí sea real. Pero no es mi paciente, así que no tiene mucho sentido preocuparse por él. No necesito entenderlo.

—Nuestra relación duró siete años completos. Pero después de siete años, la emoción por mi parte ha empezado a desvanecerse lentamente. Probablemente he empezado a aburrirme de ella. Y entonces, ¿qué sucede?, pues que puse los ojos en esta mujer del Mar Negro en un bar el otro día. ¡Vaya, qué mujer es! Me dejó sin aliento ese día. Me he enamorado de ella a lo grande.